

Pravos

Amor y patria.

AMOR Y PATRIA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS de E. HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AMOR Y PATRIA

DRAMA DE ACTUALIDAD

EN UN ACTO Y DOS CUADROS, EN VERSO

original de

ALFREDO BRAÑAS

Estrenado con extraordinario éxito en el TEATRO PRINCIPAL, de la Coruña,
la noche del 13 de Diciembre de 1896



MADRID

R. Velasco, imp., Marqués de Santa Ana, 20

Teléfono número 551

1897

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL.....	SRA. PAREJO.
ROSA.....	RODRÍGUEZ.
SEÑOR ANTÓN.....	SR. GONZÁLEZ (D. José).
SEBASTIÁN.....	VIGO.
DON PEDRO	SERRANO.
CABO SUÁREZ.....	ESTRELLA.
ALDEANO 1.º.....	BORDA.
IDEM 2.º	MONREAL.
MOZO 1.º.....	GONZÁLEZ (N.)
GUARDIA.....	TORRECILLA (E.)
ALDEANA 1.ª.....	SRA. CASTELLANOS.
IDEM 2.ª	GARCÍA.

Aldeanos y aldeanas

La acción en las costas de Galicia y época actual

Las indicaciones del lado del actor

ACTO UNICO

Vivienda pobrísima de aldea. Puerta al fondo y dos laterales. Ningún mueble en el escenario.

ESCENA PRIMERA

ISABEL y ROSA á la izquierda sentadas en dos banquillos. La primera ante una devanadera («sarillo» en gallego), haciendo un gran ovillo de hilo. La segunda hilando con una rueca.

ROSA ¡Buen ovillo!
ISAB. Es claro. ¡Llevo
 tanto tiempo devanando!
ROSA (Enseñando el huso.)
 Pues aquí hay madeja y media.
ISAB. Y en el sarillo otras cuatro.
ROSA Es hora de recoger
 nuestra labor.
ISAB. Sí. Llevamos
 dos horas, y es casi noche.
ROSA No sé cómo tardan tanto
 en venir.
ISAB. Sebastián, madre,
 está triste, preocupado...
 Se despertó esta mañana
 dando suspiros muy largos...
 muy hondos ..
ROSA ¡Hola, hola!... ¿Apenas
 lleváis tres meses casados,
 y el tufillo de los celos
 se te ha subido á los cascos?

ISAB. ¿Celos? ¡Por Dios, señá Rosa,
me ofende usted!...

ROSA Pues me callo.

Creí que...

ISAB. ¡Sebastián, mi pobre
Sebastián, es casi un santo!
Más que en la tierra, en la gloria
estos dos meses llevamos;
y cuanto más nos estrecha
del amor el dulce lazo,
más se acuerda de perderme
y más me oprime en sus brazos,
y há unos días que me dijo,
vertiendo copioso llanto:
Sabeliña de mi vida,
soy feliz, y estoy temblando
de perderte para siempre
sin saber por qué ni cuándo.
Y yo le beso y le mimo,
(Sin poder contener las lágrimas.)
y lloro con él... y... vamos,
que yo no sé qué le pasa,
señá Rosa...

ROSA No hagas caso.

Ten paciencia. Hace algún tiempo
que también vengo observando
lo mismo...

ISAB. ¡Cómo! ¿Usted sabe?...

ROSA Lo que tú. Estas noches paso
riñendo á su padre Antón,
que está triste y sueña en alto,
y también suspira y calla...
Pero, hija mía, es el flaco
de los maridos... ¡callarse
á todo... aunque estén rabiando!
Pero no importa. Esperemos.
Porque cuando llegue el caso
hablarán, y dando al traste
con todo... hablarán muy claro...
aunque después, hija mía,
tú y yo paguemos el pato.

ISAB. Nunca, como esta mañana,
me tuvo en suspenso el ánimo

la idea de que algo ocurre
á Sebastián...

ROSA

Es el diablo
que se cela de tu dicha.
Hazle un reniego si acaso,
porque eres moza... y te busca.
¡Qué diantre! Hoy sabremos algo.

ISAB.

¡Ah!... ¿No ve usted, señá Rosa,
que hoy enmudecieron ambos?...

ROSA

Yo les sacaré del cuerpo,
con poquísimo trabajo,
lo que han hecho, lo que han dicho,
y hasta lo que hayan pensado.

ISAB.

¡Si así fuese!

ROSA

No lo dudés,

Isabel, conozco el paño.
Mi marido es un buenazas
que en seguida suelta el trapo;
y lo que es mi hijo... ¡demonchel
á las tres vueltas ó cuatro
se cae... Y es que tú no sabes
hacerlo. Estás empezando.

En la aurora de tu vida
estás... ¡yo llegué á mi ocaso!
Tengo treinta años de práctica
de pilotaje en el barco

del matrimonio... y no suelto
el timón ya de mis manos,
por más que haya turbonada,
mar de fondo, altos y bajos...

ISAB.

Pero con que usted lo sepa
no habrá de evitarse el daño,
si lo hubiera. Ellos no dicen
lo que pasa por no darnos
una pesadumbre...

ROSA

¡Eh, tonta,
desecha temores vanos!
Será cosa de elecciones
ó de consumos...

ISAB.

O acaso
de quintas...

ROSA

(Sorprendida y alarmada.)

¿De quintas?

ISAB.

Sí,

porque dicen que han llamado
á la segunda reserva.
Lo de Cuba está muy malo.
En Filipinas también
todo es negro... ¡nada hay blanco!

ROSA ¡Dios mío!

ISAB. ¡Cómo! ¿Usted cree
que acerté?

ROSA (Acongojada.) ¡No.. pero... ¡vamos!
que se me clavó una espina
en el corazón... ¡qué diablo!
¡Las madres somos así!

ISAB. Las madres y las que amamos
con el alma, señá Rosa...
Yo también tengo clavado
un dardo en mitad del pecho.
Quizás Sebastián...

ROSA (Levantándose.) Hoy salgo
de esta ansiedad

ISAB. (Lo mismo.) Yo no puedo
esperar. Iré á buscarlo...

ROSA (Viendo en la puerta del fondo a Sebastián.)
Aquí lo tienes...

ESCENA II

DICHAS Y SEBASTIAN

SEB. ¡Sabela!

ISAB. ¡Sebastián!

SEB. Vengo anhelando
verte, Sabela, y quisiera
no haber vuelto...

ISAB. ¡Cielo santo!
¿Por qué me hablas de ese modo?

ROSA ¡Hijo, vienes trastornado!

SEB. ¡Loco, loco, madre mía,
de pena! Debo dejaros,
porque me llegó la hora
de partir.

ROSA }
ISAB. } ¡Cómo!
SEB. } Han llamado

á la segunda reserva.
Arribó ya el trasatlántico
á Cádiz, y en ocho días,
unos doce mil soldados
iremos á Cuba.

ISAB. ¡Oh!... ¡Es cierto,
por fin, lo que sospechábamos!...
¡Sebastián mío!

(Las dos mujeres se apoyan en los hombros de Sebas-
tián, y lloran.)

SEB. ¡Valor!...
¡Madre! .. ¡Isabel!... ¡Ea, ánimo!
Quise ocultarlo y no pude.
Días y noches llorando
llevo... ¡En el pecho un infierno
y la sonrisa en los labios!...
Pero hay que partir. Es fuerza.
Mi padre está resignado.
¿Lo sabe?

ISAB.

SEB.

ROSA

ISAB.

ROSA

¡Todo!
¡Hijo mío!
Tú no marcharás...
En salvo
te pondremos.

SEB.

No es posible.
Mañana vendrá á buscarnos
un sargento. Esa es mi suerte.
Debo seguirla.

ISAB.

¡Es en vano,
porque nadie en este mundo
te arrancará de mis brazos!...
¡Ni de los míos!

ROSA

SEB.

¡Oh, basta!
¡No sigáis!... que estoy tentado
á desertar, y cobarde
huir, cuando el honor patrio
me reclama! ¡Mis amores
sóis las dos, y siento mi ánimo
inclinarse á vuestros ruegos!

ISAB.

¡Serás capaz de dejarnos;
de abandonar este nido
de nuestros amores castos,
y permitirás que un día
de dolor las dos muramos,

- y te marcharás tranquilo
y no volverás!... ¡Ingrato! (Rompiendo á llorar.)
SEB. ¡Isabel!
ISAB. ¡Ingrato!
ROSA Tiene
razón la pobre. ¡Ea, vamos!
Reflexiona que es preciso
huir...
SEB. ¿A dónde?
ROSA A lejanos
países: á Buenos Aires.
Iréis los dos. Tengo ahorrados
tres mil y tantos reales.
Veré á don Pedro, encargado
de los embarques, que es hombre
listo... ¡un hombre endiablado!...
y él nos dará todo hecho.
SEB. ¡Pronto, madre!
ISAB. Aquí esperamos
por usted... y antes que venga
el señor Antón...
ROSA ¡Volando!
¡Tu vida, hijo mío, vale
más que mis ahorros!...
SEB. ¡Santo
amor de las madres!...
ROSA ¡Ea,
con Dios!... (Sale por el fondo.)
ISAB. El nos dé su amparo.

ESCENA III

ISABEL y SEBASTIAN

- ISAB. Ya ves, Sebastián, no es tarde
todavía...
SEB. ¡Oh!... (Contrariado.)
ISAB. ¿Por qué dudas?
Aunque á esa guerra no acudas,
no te tendrán por cobarde.
En Cuba no hay guerra tal:
es una lucha raquífica

que ha inventado la política
con algún fin criminal.
Todo es por afán de medro
y por ser ricos algunos:
¡sí todos son unos tunos,
como nos dice don Pedrol
Y paga el pobre soldado
las faltas de los demás...
No, Sebastián, tú no irás
á Cuba.

SEB. Estoy resignado.
No iré; mas venza quien venza,
por si don Pedró se engaña,
no volveré más á España,
que me daría vergüenza.
Contigo allá en la argentina
nación, pensando en mi aldea,
moriré sin que me vea
mi patria.

ISAB. Por muy mezquina
que sea allí la existencia,
te tendré vivo, á mi lado;
mas si fueses de soldado,
ya jamás en mi presencia
te vería...

SEB. ¡Ah! ¿Tanto adoras
á tu infeliz Sebastián?

ISAB. Mis ansias, ¿no te lo están
probando?

SEB. ¡Sabela! (Limpiando las lágrimas.)

ISAB. ¿Lloras?

SEB. ¡Perdón, Sabeliña mial
¡Lucho con fiebre espantosa
entre el amor de mi esposa
y el odio á una cobardía!
¡Soy joven: aun tengo aliento
para morir ó vencer,
y el amor de una mujer
me acobarda! ¡El sentimiento
de la patria y del honor
contra mi honor se rebela,
y todo me desconsuela!...
¡hasta mi madre y tu amor!
Al oírte hablar así,

ISAB.

voy á dudar de la fe
que me has jurado...

SEB. ¿Por qué?

ISAB. Porque huir quieres de mí.

SEB. ¡Oh, basta! ¡No me atormentes!...
¡Ten piedad!...

ISAB. Pues reflexiona
lo que dices.

SEB. ¡Oh... perdona
mis palabras imprudentes!...
Primero... ¡tienes razón!...
es tu amor. No he de ofenderte
jamás...

ISAB. ¡Así quiero verte!... (Acariciándolo.)
(Viendo aparecer en el fondo al señor Antón.)
¡Chito!...

SEB. ¿Qué?

ISAB. ¡El señor Antón!

ESCENA IV

DICHOS y EL SEÑOR ANTON

ANT. ¿No está aquí mi Rosa?

ISAB. No,

padre mío; mas vendrá
pronto. Poco tardará,
que hace tiempo que salió.

ANT. Pues necesito á los tres
hablaros...

ISAB. (¡Cielo!)

ANT. Y al punto.

SEB. ¿Pues es tan grave el asunto?

ANT. Es del mayor interés.

No hay que temer... ni alarmarse.

ISAB. (¿Será lo que sospechamos?) (A congojada.)

¡Hable usted, padre!

ANT. Ea, vamos,

chicos, no hay que alarmarse..

¿Qué sospechábais? Hablad.

Después de todo, si es cosa

que también la sabe Rosa

podeis decirlo... ¡y en paz!

- SEB. ¡Si usted lo sabe!
ISAB. Es mejor
que usted nos diga...
ANT. Corriente.
Las cosas tristes de frente
se cuentan. Con que, ¡valor!...
ISAB. (Nerviosa y descompuesta.)
¡Dios mío!..
ANT. (Breve pausa. Mira fijamente á Isabel y Sebastián.)
¡Se me figura
que ya sabéis lo que pasál...
Hoy es para nuestra casa
día de inmensa amargura.
A las reservas se llama.
¡Es justo! El peligro arrecia,
y el que de español se precia
su puesto en filas reclama...
Y aunque el sacrificio es cruel,
es necesario... es sagrado...
ISAB. ¡Oh, no!..
ANT. Tu esposo es soldado
antes que nada, Isabel.
ISAB. ¡Me moriré si él me deja!
SEB. ¡Se morirá, padre mío!..
ANT. (Breve pausa. Con voz temerosa y sin poder al fin
contener las lágrimas.)
¡Bueno!... Comprendo ese impío
dolor que vuestra alma aqueja.
Yo también pierdo el tesoro
de su amor... ¡Al fin es mi hijo!
¡Y también lucho... y me aflijo,
Isabel, y también lloro!..
(Transición. seca el llanto y exclama con acento va-
ronil.)
Pero... ¡basta!... ¡Se acabó!
Por más que abrume un pesar
los hombres no han de llorar,
y menos que todos, yo.
Soldado en África fui,
y en Cuba, y el Norte luego,
y volviera á entrar en fuego
si me quisieran á mí.
Que quien fué herido en Tetuán
y tomó á San Pedro Abanto,

- y por él tembló de espanto
Céspedes en Cabayguán;
y regresó á su nación
lleno de melancolía
por no sufrir más un día
la vergüenza del Zanjón,
no ha de hacer ahora el alijo,
ni de sus lares emigra,
ni á la patria que peligra
le puede negar un hijo...
- SEB. Bien, padre: á Cuba me iré...
ISAB. Tu madre y yo no queremos.
ANT. ¿Qué dices? (Alarmado.)
ISAB. Nos oponemos...
No pensamos como usted.
No somos tan descastadas.
¡Tenemos más corazón!
- ANT. ¡Deliras!...
ISAB. En mi razón
estoy, padre...
- ANT. ¡Desgraciadas!
¿Y Rosa quizás?...
- SEB. Se ha ido
á ver á don Pedro...
- ANT. (En el colmo de la sorpresa.) ¡Horror!
SEB. Y en el próximo vapor
quiere embarcarnos...
- ANT. (Con amargura.) ¡Perdido
habeis el juicio!... ¿Es decir
que estais dispuestos?...
- ISAB. ¡A todo!
ANT. (Después de un momento de silencio y de una breve
lucha consigo mismo, dice resueltamente:)
Pues bien, hijos, de otro modo
lo arreglaré. He de pedir
á Bartolomé, mi primo,
seis mil reales, y prefiero
vender tu honor por dinero...
¡No emigras!... ¡Yo te redimo!
¡Oh, gracias!...
- ISAB. Pero...
SEB. Pero...
ANT. No hay pero...
(Mirando el fondo.)
Se oye ruido...

- ISAB. (Acercándose á mirar á la puerta.)
Es seña Rosa...
Y viene don Pedro...
- ANT. Es cosa
de que hablarle á solas quiero.
Salid pronto...
(Llevándolos hacia la izquierda.)
- ISAB. ¡Ay, padre mío!
¡Sálvenos usted!...
- ANT. No temas,
que en estas horas supremas
soy fuerte...
- ISAB. ¡En usted confío!
(Entran Sebastián é Isabel por la puerta lateral de la izquierda.)

ESCENA V

SEÑOR ANTÓN, ROSA, DON PEDRO, tipo ordinario y grosero. Viste amplio terno de dril y lleva sombrero de anchas alas. Los bolsillos de la americana atestados de papeles. De vez en cuando saca una gran cartera, que consulta y vuelve á guardar. Dase aires de hombre sagaz y activo, que indica á veces con la muletilla «¡ira!» á la que acompaña una fuerte espiración de narices. Procure el actor usar la muletilla solamente donde está señalada

- ANT. ¡Redimirle! Es justo. Acusa
quizás falta de valor,
pero al menos de traidor
y de cobarde se excusa...
- ROSA (En el fondo.)
¿Con que mañana?
- PED. A embarcar;
todo está en disposición.
- ROSA Bien.
- PED. ¡Hola! ¡El señor Antón!
- ANT. ¡Don Pedro!
- PED. No hay que temblar,
amigo; todo está á punto.
Yo soy ¡fuss!... como un cohete...
el que conmigo se mete...
¡vaya!... lo dejo difunto.
¡Qué!... Ni la Guardia civil

- puede ya con este agente
de embarques... En caso urgente
soy como un ferrocarril...
- ANT. ¡Bueno!... ¡Bien!... ¡Qué zaragatal!
- PED. Soy así...
- ANT. Cierto Y no es poco.
Pero no haga usted el coco
y diga de qué se trata...
- ROSA ¡Claro! ¡Como no has llegado
á tiempo!...
- PED. Y son cosas graves. .
- ROSA Pero... ¡pobre Antón! ¿No sabes
que á la reserva han llamado?
- ANT. Sí, lo sé...
- ROSA ¿Y que á Cuba van
doce mil hombres?
- ANT. ¿Y qué?
- ROSA ¿Y que comprendido fué
en las listas Sebastián?...
- ANT. Es su suerte, y no me extraña.
También yo dejé mi tierra
y luché en más de una guerra
por la libertad de España.
- PED. Hombre... esas son quiñotadas...
A saber que en la manigua
se guerreaba... á la antigua,
«¡ra!» yo me iba á puñaladas
y á tiros... á los *mambises*...
Pero allí no hay nada serio.
¡Aquello es un cementerio
de españoles... y *monises!*...
Ya no puede la nación
vencer en Cuba...
- ANT. (Con altanería y desprecio.)
¡Oh, calle usted!
- PED. «¡Ra!» ¡No callo!
- ROSA ¡Ya se vé
que no tienes corazón!...
- ANT. (En un arranque de ira y de patriotismo.)
¿Que no lo tengo? Labriego
soy... pero fui soldado
y sargento... y he estudiado
bastante... para que ciego
de rabia y de fiera saña

pueda decir á este agente
qué luchando frente á frente
no puede rendirse España.
Pueblo que venció en Lepanto
y en Otumba y en Bailén,
y en Africa fué también
del vil musulmán espanto.
Pueblo que en Túnez y Argel
peleó con Carlos quinto
y vió en roja sangre tinto
siempre el morisco alquicel.
Pueblo que en auro pavés
juntó en un mismo blasón,
Fernando, Isabel, Colón,
Pizarro y Hernán Cortés.
Pueblo que en grandes empresas
regando con sangre el suelo
abatió orgulloso el vuelo
de las águilas francesas;
puede á sus hijos ingratos
castigar con mano fuertè,
condenando á eterna muerte
filipinos y mulatos.

PED.

No es eso, señor Antón.
Usted no me ha comprendido.
¿Sabe usted como ha venido
de Cuba un grueso montón
de heridos?

ANT.

¡Oh!

PED.

Daba pena

verlos: todos sin camisa,
pálido el rostro, indecisa
la mirada y con gangrena
sus pies y brazos: sin brillo
la tez, el cuerpo doblado
y en girones desgarrado
el traje de rayadillo.

Y cuando luchando están
sin armas, pan, ni dinero
quiere usted al matadero
mandar á su Sebastián...

ANT.

(Aterrado.)

¡Basta!

ROSA

¡Yo lo he criadol

¡Es mi hijo, mi hijo del alma
y á él le quiero sin la palma
victoriosa del soldado!

Reflexiona, pobre Antón:

¡tu hijo también vendría
en la triste compañía
de los héroes del montón!

PED. (Aparte.) ¡Bien trabaja la partidal!

ANT. (Sollozando y turbado con las palabras de su mujer.)

¡Rosa!... ¡por Dios!...

ROSA

¡No, no callo,

porque otro remedio no hallo
para el hijo de mi alma!
En mi agitación febril
le veo venir herido,
chorreando sangre, abatido,
y sufriendo angustias mil.

ANT.

¡No... basta!... ¡No quiero verle
así!... ¡Yo pierdo la calma!...

¡El es el hijo de mi alma!

¡No... no quiero perderlo!

(Agitadísimo.)

¡Me asfixio!... ¡La sangre me arde!

(Breve pausa.)

¡Que emigre!... (Transición.)

Mas... ¡lo han llamado!

¡la patria lo ha reclamado!
Luego si huye es un cobarde.

PED.

(Aparte á Rosa.)

(Vacila.)

ROSA

(Idem.) ¡Vencemos!

ANT.

(Sollozando.) ¡Frío

me causa esta indecisión!

¡Déjame en paz, corazón!

¡Mi hijo! ¡Mi patria! ¡Dios mío! (Pausa.)

PED.

El embarque está dispuesto.

¿Qué hacer?

ANT.

¿Qué hacer? Redimirlo.

Es más noble.

PED.

¡Oh!... hay que pedirlo

y el plazo espira muy presto.

ANT.

¡No hay esperanza!

PED.

Ninguna.

ANT.

Bien... ¡Que emigre!

- PED. Sin demora.
ROSA Pues dame la llave. Es hora
de gastar nuestra fortuna.
ANT. (Dando una llave á Rosa.)
Toma. En el arca hallarás
tres mil y pico de reales.
PED. ¿Tres mil? Pues están cabales.
Yo no necesito más.
ROSA Voy por ellos.
PED. Y en seguida,
que esperan más emigrantes.
ANT. Anda, mujer, y cuanto antes
entrégale esa partida.
(Vase Rosa por la puerta lateral de la derecha.)

ESCENA IV

SEÑOR ANTÓN, DON PEDRO

- ANT. ¿Se van muchos?
PED. Yo he alistado
unos ciento veinte y ocho.
¡Ra!... ¡es que soy como una flecha
ANT. ¡Buena breva!
PED. Es un negocio
de los más limpios y sanos
y de los más patrióticos.
ANT. (¡Infamel!) Privando á España
de tantos robustos mozos
no comprendo el patriotismo...
PED. ¡Hombre! ¿Y las madres son moco
de pavo? ¿No parte el alma
verlas, con hondos sollozos,
suplicarme de rodillas
que les salve á sus cachorros?
ANT. (Con ironía.)
¡Cuánta abnegación!
PED. Por eso
me afano, y trabajo... y corro:
Por dos tercios del pasaje
los embarco y yo me cobro
el resto .. ¡el treinta por ciento!
¡para ustedes es un momio!

ANT. ¿El treinta, eh? ¡Qué sacrificio!
PED. Sí, señor... de tomo y lomo.
ANT. ¡Qué valor!
PED. ¡Inmenso! A Cuba
no voy... ¡pues!...
ANT. ¡Ya!
PED. Por los otros...
ANT. ¿Por quién?
PED. Por los laborantes...
¡Yendo allá!... ¡ra!... ¡me los sorbol...
ANT. Pues ese, don Pedro, ese era
todo un negocio redondo.
Deje usted esa trata indigna
de blancos... ¡sea usted el asombro
de España!...
PED. Pero... ¿y las madres?
Yo soy más... ¡usted es un monstruo!...
Ya verá usted cuando llegue
el momento doloroso
del embarque...
ANT. ¡No he de verlo!...
PED. Lo verá usted...

ESCENA VII

DICHOS Y ROSA

ROSA Aquí está todo.
Tres mil doscientos reales...
PED. (Guardando la cantidad en su enorme cartera.)
¡Y en billetes!
ROSA ¡El ahorro
de diez años de trabajo!...
Pero yo los doy con gozo.
PED. Mañana, á las seis en punto,
en la playa del Miñoto.
ANT. ¿En el Miñoto? ¿Y por qué
en lugar tan peligroso
y tan agreste, se embarcan?
PED. ¡Hombre!... ¡No se haga usted el bobo...
señor Antón!...
ANT. Pues no alcanzo...
PED. Con los civiles á bordo,

el comandante en el muelle
y espías á un lado y otro,
si nos pescan el matute,
atados codo con codo
nos llevan á la provincia.
¿Y allí podrán?

ANT.

PED.

Sin estorbos
embarcar. Es costa libre
¡Ra!... y por la popa los monto...
Conque, á preparar el hato
y á Buenos Aires...

ROSA

PED.

ANT.

PED.

Si, pronto.
¡Adiós, señó Antón!
(con sequedad.) Adiós.
No me mire usted tan fosco.
¡Ya me dará usted las gracias!

ROSA

PED.

Lo creo. (Se dirige hacia el fondo.)
Diga á los mozos
que se avien...

ROSA

ANT.

Esta noche
irá el baul al Miñoto. (Salen por el fondo.)
¡Miserables!... ¡Miserables!
Para ellos valor, decoro,
patriotismo... son artículos
de comercio. ¡Esto es el colmo!
¿Y debo yo, ¡un veterano!,
prestar dinero y apoyo
á esos bribones?
(Viendo á Rosa que aparece en el fondo.)
¡Silencio!

Mi mujer.

ESCENA VIII

SEÑOR ANTÓN y ROSA

ROSA

Ea, Antón, pronto;
á preparar á los chicos.
Es muy tarde.

ANT.

ROSA

ANT.

¿Se van solos?
Y tú y yo con ellos..
¡Rosa!
Mira que eso es peligroso.

¿No ves que embarcan por alto,
y andan á caza de mozos
los guardias civiles?

ROSA ¡Bueno!

Queda tú, si es sospechoso
que te vean con el hijo...

ANT. No sé cómo no estoy loco
con esa fuga...

ROSA ¡Cuidado

que eres cabeza de corchol
¿No quieres salvar al hijo?
Yo creo que es el demonio,
que se ha metido en tu cuerpo.

ANT. No hablemos de ello. Anda, ponlos
al corriente... Y que se vayan...
y que Dios les dé su apoyo...
Al fin no nos entendemos
ni tú ni yo.

ROSA Eres un topo.

(Viendo á Sebastián é Isabel en la puerta de la izquierda.)

Aquí vienen los muchachos.
¡Oh!... van á estallar de gozo.

ESCENA IX

DICHOS, ISABEL y SEBASTIÁN

SEB. ¿Se arregló mi redención?

ISAB. (Al señor Antón con acento de súplica.)

¿Qué dice usted?

ROSA Ya está hablado.

No le gusta vuestro viaje
pero...

ANT. No me opongo y callo.

ISAB. ¡Cuánta bondad! (Acariciando al señor Antón.)

SEB. ¡Padre mío!

ISAB. No se muestre usted huraño.

¿No es verdad que usted nos quiere
salvar?

SEB. Si mañana embarco,
¿no vendrá usted á la playa
á darme el último abrazo?

- ANT. (Contrariado.)
¡Oh!
- SEB. ¿Me niega usted su afecto?
- ANT. Vé tranquilo. No te aparto
de tu idea. Tu eres libre.
Ni te censuro ni aplaudo.
- ROSA Dejémonos de sermones...
Anda, recoge esos trastos (A Isabel.)
y hagamos el equipaje.
- ISAB. A las seis llega el trasatlántico.
- ROSA No quedan más que unas horas
para arreglar vuestros bártulos...
(Entre Isabel y Rosa se llevan la devanadera y los
bancos.)
- SEB. Vamos, pues. Tome usted, padre.
Repase usted ese diario
donde hay noticias horribles
de Cuba...
(Dando á su padre un periódico.)
- ISAB. ¡Ay!... causan espanto.
- ¿Y usted quería que su hijo?...
Fué sargento... y son resabios
del tiempo viejo...
Hasta luego...?
- ISAB. Adiós, padre...
- SEB. Adiós, muchachos...
(Aparte á su mujer.)
Mira, Rosa, no te olvides
de darle el escapulario.

ESCENA X

SEÑOR ANTÓN, solo.

Tiene razón. Los periódicos
son causa de estos escándalos.
Con menos tinta y más pólvora
se compondría el cotarro.
Se maneja más la pluma
que el chopo... ¡Eso es más llano!
(Leyendo epígrafes del periódico.)
«Cuba,» «Filipinas»... ¡Siempre
los mismos rótulos!... «Blanco

y Weyler». . «Pinar del Rio»...

«Heridos: veinte soldados...

contusos: cuarenta y cinco.»

Esto es lo que causa espanto

á Sebastián y á otros mozos...

(Transición. Expresión de asombro al leer otro epígrafe.)

¿Qué dice?... «Embarques»... Veamos

(Leyendo.)

«De Galicia nos escriben

»que un número extraordinario

»de jóvenes comprendidos

»en el último reemplazo

»se escapan á Buenos Aires.

»Al Gobierno suplicamos

»que detenga á esos gallegos

»cobardes, sin amor patrio

»y persiga á los agentes

»de esa vil trata de blancos.»

(Fuera de sí.)

¡Y he de sufrir esta injuria!

¿Y he de permitir, villanos,

que motejeis de cobardes

raza de celtas y galos?...

¡Cobardes!... ¿Somos cobardes

los que á godos y romanos

y á moriscos y á franceses

en cien guerras derrotamos?

¿No hay en Cuba héroes gallegos?

¿No los hubo entre los cántabros,

en las luchas con los árabes,

en Vigo, en Puente Sampayo,

en las dos guerras civiles,

en África y el Callao?

¡Cobardes!... Y nos lo llaman

porque un pelotón de incautos

son por caciques y agentes

iniciuamente explotados...

¡Y lo leo!... ¡Y no me ahoga

el coraje!... ¡y fui soldado,

y vertí mi sangre... ¡y dejo

que embarque mi hijo *por alto!*

¡Jamás!... Soy antes que padre,

español. . ¡y ahora veranol!...

¡Voy á cumplir mis deberes
de español... y de hombre honrado!...
(Sale precipitadamente por el fondo.)

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Playa abrupta del Miñoto. Una serie de peñascos avanzan desde la derecha cubriendo casi toda la línea del fondo. El mar á lo lejos. Al pié de los peñascos multitud de aldeanos (hombres, mujeres y niños) se hallan sentados sobre baules de diferentes formas y tamaños. Algunos aldeanos se hallan sentados en el suelo ó reclinados en las peñas. Otros forman grupos de pie mirando al mar y hablando en voz baja. Es el amanecer. Muy poca luz en la escena. Oyese el toque de alba á lo lejos y durante algunos instantes.

ESCENA XI

ALDEANOS, á poco DON PEDRO

- ALD.^o 1.^o (En un grupo de hombres y mujeres en el fondo.)
¡Ya clarea!...
- ALD.^a 1.^a ¡Y se ve el barco!...
- ALD.^o 2.^o (En otro grupo á la derecha.)
¡Recemos, que toca el alba!...
(Se arrodilan y rezan en voz baja, levantándose y cubriéndose en cuanto cesa la campana.)
- ALD.^a 1.^a Embarcaron ya cincuenta.
Falta la última tanda...
- ALD. 1.^o ¡Ya llega el bote... y don Pedro viene en él!
(Movimiento en todos los aldeanos.)
- ALD. 1.^a ¡Pronto, á la playa!
(Aparece don Pedro seguido de los marineros, en lo alto de las peñas. Los marineros y otros mozos cargan los baules y desaparecen con ellos durante esta escena.)
- PED. A cargar esos baules
sin perder minutos...
(Avanzando al medio del escenario.)
Vaya,

muchachos... ¡que espera el botel!

(Mientras se verifican las más tiermas despedidas y desde lo alto de las peñas los padres despiden á sus hijos, Aldeano 1.^o y 2.^o bajan al proscenio con don Pedro.)

ALD. 1.^o ¡Si es que tienen una calma!...

ALD. 2.^o Casi están á bordo todos...

y el capitán ya no aguarda.

PED. (Impaciente.) Ese Sebastián García

del demonio... ¿Por qué tarda?

Dentro de quince minutos

levantará el vapor anclas.

y él y su mujer se quedan

en tierra.

ALD. 1.^o Pues de su casa

salieron...

ALD. 2.^o Yo los he visto.

Y hasta hablé con la muchacha.

PED. Me *compromete* el embarque

si detengo en estas playas

á los emigrantes.. ¡Diantre

con su maldita cachazal!

(Viendo á los aldeanos.)

Pero ¿qué es esto?... ¡ra!... ¡pronto!

Esos bárbaros que vayan

al pueblo... ¡Si los descubren

los civiles!... nos amarran.

ALD. 1.^o ¡Eh... largarse!

ALD. 2.^o ¡Fuera todos!

(Don Pedro y los Aldeanos despejan la escena y se retiran por la derecha los hombres y las mujeres llorando desconsoladamente.)

PED. Ya nos quitamos esta ansia

de encima. Mira, Farruco, (Al Aldeano 2.^o)

de aquí al pueblo no hay distancia.

Dile á Sebastián que queda

en tierra.

(Vase Aldeano 2.^o por la izquierda.)

ALD. 1.^o Yo iré á la playa .

á darle el último abrazo

á mi recluta. (Vase fondo derecha.)

ESCENA XII

DON PEDRO solo

A Dios gracias
puedo leer este pliego
que envía la Comandancia.

(Saca del bolsillo una carta. Al leerla exclama aterrado.)

¡Re... contral... «Al momento, amigo
don Pedro, alije esa carga,
porque los guardias civiles
han tenido soplo...» ¡Cáscaras!
¡Y yo que tengo las listas
en el bolsillo!... ¡La calma
me hace perder Sebastián!...
¡Voy á echarle una rociada!...
(Vase corriendo por el fondo izquierda.)

ESCENA XIII

SEÑOR ANTON. A poco rato el CABO SUAREZ y un Guardia civil,
disfrazados

ANT.

(Que aparece cautelosamente por el proscenio derecha.)
¡Nadie! ¡No hay nadie! ¿Qué es esto?
O el cabo Suárez me engaña,
ó habrá tenido noticias
de que en otra parte embarcan.
Pues Sebastián y Sabela
hacia aquí se encaminaban.
¿No es esto el Miñoto? ¡Oh, sí!
(Llegando á los peñascos y mirando al mar.)
¡Hé allí el barco! ¡Cueva infausta
de hijos viles y cobardes
y traidores de la patria!...
¿Llegaría tarde? ¡Tarde!...
¡Si se escapan de mis garras,
me esconderé de vergüenza
ó me moriré de rabia!...
Pero, no... que el cabo Suárez

adoptó muy buena táctica:
con su traje de paisanos
vendrán aquí los dos guardias,
y nadie ha de conocerlos
hasta llegar á estas playas.

(Mirando al proscenio derecha)

¡Oh!... ¿No me engañan mis ojos?

¡El cabo Suárez!

CABO

(Que aparece seguido de otro guardia, ambos vestidos de paisano.)

¡Caramba!

¡Buena corrida hemos dado,
señor Antón, desde el alba!

ANT.

Yo dije que en el Miñoto.

CABO

Y aquí no vemos ni un alma.

El gobernador me ofrece
una recompensa magna,
si pillamos á los prófugos
de este embarque...

GUAR.

¡Sería lástima!

ANT.

¿El perder la recompensa?

Pues tenedla por ganada.

Pero estoy aquí impaciente;
y si ha de dársela caza

á todos, urge que al punto
dispongamos la emboscada.

CABO

Quizás detrás de esas peñas...

GUAR.

(Mirando al fondo izquierda.)

Oigo por allá pisadas...

ANT.

¿Serán ellos? (Observando.)

¡Cierto!... ¡Pronto,

á vuestro escondrijo, guardias!...

CABO

¿El santo y seña?

ANT.

Un silbido

que ha de llegar á la playa.

(Vanse los Guardias por el fondo derecha y se ocultan tras los peñascos.)

ESCENA XIV

SEÑOR ANTÓN. Luego ROSA, SEBASTIAN, ISABEL y DON PEDRO

- ANT. Esto es hecho. Ahora que el cielo
en este lance me valga...
- PED. Vamos á escape. El vapor
pitó tres veces...
- ANT. ¡Caramba!
¡Cuánto tardásteis! ..
- SEB. (Gozoso.) ¡Mi padre!
- PED. (Sorprendido)
¡Señor Antón!
- ISAB. ¡Oh, gracias, gracias,
padre mío!... Bien decía
que usted de aquí no faltaba...
- ROSA Al fin le tira la sangre...
- PED. ¡Ah, padrazol...
Es de la casta
de los bravos que se atufan
y luego todo les pasa...
- SEB. Ya ve usted, padre, yo marchó
por complacer á mi amada
Sabela... más que á mi madre
y á usted.
- ANT. ¡Bueno!... Eso me halaga.
A tenerte por cobarde
no hubiera cedido...
- PED. ¡Eh!... Vaya,
no andemos con... patriotismos
ahora... y otras zarandajas
por el estilo...
- SEB. (Volviéndose airado á don Pedro.)
¡Don Pedro!
Aunque dos amores me atan,
no consentiré esa injuria
contra el amor á mi patria.
Y todavía soy libre
para romper la contrata
y para marcharme á Cuba,
y en los campos de batalla

morir, envuelto en los pliegues
de la bandera de España.

ISAB.
ROSA
ANT.

¡Sebastián!

¡Hijo, deliras!...

(En el colmo del entusiasmo.)

¡No delira!... ¡Esa es mi raza!

La de Guzmanes, que arrojan

desde los muros la daga

y sacrifican sus hijos

en el altar de la patria;

la de los libres gallegos

que no emigran, que no escapan,

que con su sangre la honra

del pueblo español rescatan...

¡Ellos son... los guerrilleros

del año ocho... los de Africa...

los del Norte, los de Cuba...

¡Y ese es mi hijo... el que acaba

de devolver á su padre

el honor que le robara!...

SEB.

(Arrojándose en brazos del señor Antón.)

¡Padre mío! . . ¡Padre mío!...

ANT.

¡Gracias, hijo mío, gracias!

ISAB.

(A don Pedro.)

Usted, con sus imprudencias,

estas cosas nos prepara...

ROSA

¡Dejarlos que desahoguen!

PED.

Estos desplantes me cargan.

¡Eh!... Señor Antón, dejemos

esas pamplinas ..

ANT.

(Con voz terrible.) ¡Sí!... ¡Basta

de fingimientos! ¡Es la hora!

PED.

Vámonos, pues..

ANT.

(Breve pausa.) ¡Aun no!... ¡Calma!

(Da un agudo silbido.)

PED.

¿Qué es esto?

ROSA

¿Por qué silbaste?

ISAB.

(Viendo al cabo Suárez sobre las peñas.)

¡Dios mío!... Huyamos... ¡Los guardias!

PED.

¿Por dónde?... ¡El cabo Suárez!

ESCENA XV

DICHOS, el CABO SUÁREZ y un GUARDIA

- CABO (Apuntando con un revólver.)
¡Nadie se mueva, ó una bala
le entierro en el corazón!...
- PED. ¡Me ha perdido!
- ISAB. (Llorando.) ¡Ay, desgraciadas!...
- ROSA ¡Hija!... ¡Está loco!... ¡está loco!...
(Baja el cabo Suárez.)
- ANT. (Al cabo.)
Registre usted á ese canalla...
- CABO Vengan todos los papeles.
- PED. (Cayendo de rodillas.)
¡Mi tesoro!... ¡Mis ganancias!
¡Piedad de hijos le pido!
- CABO ¡Vengan pronto!
- PED. (Entregando los papeles y la cartera.)
He ahí las cartas...
las listas...
- CABO Bien. Hay que atarlo
codo con codo A la playa,
y luego á bordo, y que á tierra
bajen todos...
- PED. ¡Basta... basta!
¡Le doy á usted mi fortuna!...
(El Guardia trinca á don Pedro.)
- CABO Ea, llévelo usted, guardia,
y marcharemos á bordo.
- ROSA ¡Pobre don Pedro!
- PED. Me sangran
las manos!...
- GUARDIA Vamos á prisa.
- CABO ¡Y á empujones si se para!
(Vanse fondo derecha.)

